

Un pueblo celoso de buenas obras (Tito 2:11-14)

©Richard L. Smith PhD

**Adaptación del sermón del 31 de mayo de 2015,
en la iglesia United Community Church, Buenos Aires.**

Introducción

Hoy mi predica va a estar centrada en una serie de preguntas: ¿Qué es la iglesia? ¿Cómo identificamos a la iglesia? ¿Qué rasgos o características deberían distinguir al pueblo de Dios? ¿Cómo nos examinamos a nosotros mismos en tanto miembros de la iglesia? Quiero ofrecerles una perspectiva bíblica al respecto que los ayudará, personalmente y como congregación, a crecer y cumplir su misión acá en Buenos Aires. El pasaje que elegí es Tito 2:11-14 (RVC):

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para la salvación de todos los hombres, y nos enseña que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en esta época de manera sobria, justa y piadosa, mientras aguardamos la bendita esperanza y la gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

Hay mucha enseñanza bíblica en este pasaje, nos llevaría un buen rato estudiarlo. Sin embargo, basta una lectura rápida para advertir varios aspectos que caracterizan a la iglesia. Vamos a empezar por el versículo 14 y luego analizaremos el pasaje de atrás para adelante. Esos aspectos son:

- la iglesia es un pueblo elegido por Dios para él mismo;
- la iglesia es un pueblo celoso de buenas obras;
- Cristo se dio a sí mismo para redimir a la iglesia de toda iniquidad;
- la iglesia es el pueblo de Cristo, que aguarda con esperanza a que se manifieste la gloria de nuestro Dios y Salvador;
- la iglesia está compuesta de personas que están aprendiendo a renunciar a los deseos mundanos y a vivir de manera piadosa en esta época;
- la iglesia está compuesta de personas que fueron salvas por gracia.

Como decía, cada uno de esos temas merece un sermón o un estudio bíblico aparte; pero hoy voy a hacer hincapié en el versículo 14: “quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”. No queda del todo explícito en español, pero en el griego hay una palabra importante que indica que Dios tiene un doble propósito para la iglesia. Podría expresarse del siguiente modo: Jesús “se dio a sí mismo por nosotros” con el propósito de “redimirnos de toda iniquidad” y de “purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”.

El pasaje nos muestra que una iglesia sana presenta dos características importantes, que el pueblo de Dios tiene dos rasgos que definen su identidad. Uno se expresa en términos positivos; el otro, en términos negativos. El primero es algo que Dios quita de nosotros; el segundo es algo hacia lo que Dios nos conduce. El rasgo que se expresa en términos negativos es que Dios nos redime de la iniquidad. El rasgo visto en términos positivos es que Dios purifica para sí mismo un pueblo celoso de buenas obras. ¿Qué quiere decir esto? El

primero es algo que dejamos de hacer: cometer actos de iniquidad, ir en contra de las reglas. El segundo es lo que empezamos a hacer o seguimos haciendo: buenas obras. En el primer caso, nos vemos motivados a renunciar a algo o abandonarlo. En el segundo caso, nos vemos motivados a empezar y poner en práctica de un modo progresivo.

Hoy, al meditar en la Palabra, consideraremos tres enseñanzas que nos deja este pasaje respecto de nuestras preguntas iniciales: qué es la iglesia y cómo volvemos parte de la iglesia. Responderemos a esas preguntas en tres puntos: primero, qué debemos dejar de hacer; segundo, qué debemos empezar a hacer y continuar haciendo; y tercero, dónde hallamos la capacidad de dejar de hacer lo que desagrada a Dios y de hacer lo que le agrada. Dicho de otro modo: ¿cuáles son las tres cualidades cruciales de la iglesia que nos revela Tito 2:11-14? Repasemos lo que dice el pasaje:

Porque la gracia de Dios se ha manifestado para la salvación de todos los hombres, y nos enseña que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en esta época de manera sobria, justa y piadosa, mientras aguardamos la bendita esperanza y la gloriosa manifestación de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad”

¿Qué quiere decir “iniquidad”? El término bíblico significa “sin ley”, “que va en contra de la ley” o “establecer uno mismo su propia ley”. Significa que afirmamos ser autónomos delante de Dios. La palabra remite al pecado original de Adán y Eva: ellos quisieron determinar por sí mismos la ley del bien y del mal. Quisieron “jugar a ser Dios”. De hecho, aspiraban a ser “como Dios”, a ser los dioses que gobiernan su propio mundo. Es lo que llamamos idolatría o autodeificación, es decir, querer ser “como Dios”, la tentación de Satanás para Adán y Eva en el Jardín del Edén. Iniquidad es querer tomar el control. Es decirse a uno mismo, a los demás y a Dios incluso: “Nadie me dice qué hacer. Vivo mi vida en mis propios términos. Yo estoy al mando”. Eso es iniquidad: intentar vivir la vida de forma independiente sin relacionarnos con Dios ni buscar consejo en su Ley. Otras traducciones lo llaman “maldad”, “pecado” o “todo lo malo”. San Agustín decía que la iniquidad es producto del orgullo.

Sin embargo, el problema es que no tenemos los atributos de Dios y por eso hacemos de todo un caos: de nuestra vida, de nuestras relaciones, de nuestras sociedades. Pecamos nosotros y otros pecan contra nosotros. ¿Cómo se manifiesta la iniquidad? ¿En qué conductas se evidencia? La carta de Tito da cuenta del efecto que el pecado tiene sobre la iglesia:

- Tito 1:10: “Porque aún hay muchos rebeldes, que hablan de vanidades y de engaños”;
- Tito 1:11: “Estos trastornan casas enteras, y a cambio de ganancias deshonestas enseñan lo que no conviene”;
- Tito 1:14: “No atiendan a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad”;
- Tito 1:16: “Dicen conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan”;
- Tito 3:2: “Que no difamen a nadie ni sean pendencieros”;
- Tito 3:3: “Insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de los malos deseos y de diversos deleites; vivíamos en malicia y envidia, nos aborrecían y nos aborrecíamos unos a otros”;

- Tito 3:10: “Que [causan] divisiones”.

No es una imagen agradable. Y es lo que estaba sucediendo en una iglesia. Sospecho que la situación en el mundo no es mucho mejor, más bien es probable que sea mucho peor. Estoy seguro de que ven ese tipo de comportamiento en el trabajo y entre sus amigos. No obstante, es precisamente por eso que Jesús se dio a sí mismo: “para redimirnos” de esta clase de conducta. La expresión “se dio a sí mismo” hace referencia a su muerte sacrificial en la cruz por nuestros pecados de maldad e injusticia. Merecíamos el castigo y el eterno exilio de la presencia de nuestro santo Dios, pero Jesucristo sufrió en nuestro lugar. Cargó sobre sí nuestros pecados, nuestra maldad y nuestro exilio espiritual desde el lugar de nuestro sustituto divino.

La palabra “redimir” literalmente significa “comprar de vuelta”. En cierto sentido digno de consideración, Dios le “pagó” al diablo, por así decirlo, para librarnos de nuestra esclavitud al pecado y a Satanás. Pablo escribió: “nos ha librado del poder de la oscuridad y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). También describió la esclavitud al pecado y Satanás al decir: “se hallan cautivos y sujetos a su voluntad” (2 Timoteo 2:26).

De este modo respondemos al primer punto: qué debemos dejar de hacer. Lo que debemos dejar de hacer, para ser parte de la iglesia, es practicar la iniquidad en todas sus viles formas. En otras palabras, como dice el versículo 12: “y nos enseña que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos”. Por “deseos mundanos” entendemos las adicciones esclavizantes de todo tipo o las obsesiones impías por causas, objetos y relaciones que idolatramos.

A pesar de que en esta vida nunca vamos a ser perfectos, nuestra vida y la iglesia en general no deberían definirse ni identificarse por la práctica del pecado y su influencia esclavizante sobre nosotros. No deberíamos ver entre nosotros violencia crónica, ni abusos de poder, ni corrupción, ni infidelidad, ni crueldad, ni rebeldía, ni chismes, ni avaricia, ni faccionalismo, por ejemplo. Todas estas conductas y actitudes tipifican el “presente siglo malo”, según lo denomina Pablo en otro pasaje. Además, Jesús se dio a sí mismo para redimirnos justamente de estas tendencias y actos. Debemos dejar de ser independientes de Dios y de practicar el pecado. Debemos dejar de jugar a ser Dios y someternos a su gobierno. Él está infinitamente mejor capacitado para la tarea.

“Para purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”

Consideremos ahora el segundo punto: qué debemos empezar a hacer y continuar haciendo. Partamos por preguntar: ¿qué son las buenas obras? Les diré primero lo que no son. Las buenas obras, ya sea en cantidad o en calidad, no son algo que hacemos para ganarnos la salvación o alcanzar el nivel de santidad necesario para ir al cielo. No son depósitos de una cuenta bancaria celestial donde acumulamos crédito con la esperanza de que eso obligue a Dios a aceptarnos y salvarnos del infierno. Pablo escribió acerca de este tema en el capítulo siguiente de Tito:

Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, *nos salvó*, y *no* por obras de justicia que *nosotros hubiéramos hecho*, sino *por su misericordia*, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo, nuestro Salvador, para que *al ser justificados por su gracia* viniéramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna (Tito 3:4-7).

Pablo también escribió en Efesios: “Ciertamente *la gracia de Dios* los ha salvado por medio de la fe. Ésta no nació de ustedes, sino que es un don de Dios” (Efesios 2:8).

Entonces, en segundo lugar, quiero que observemos que el llamado a hacer el bien no es una mera doctrina aislada que aparece en Tito. Más bien, es un mandamiento a lo largo de la Biblia. Podemos verlo en tres pasajes del Nuevo Testamento:

- “Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas” (Efesios 2:10);
- “Para que vivan como es digno del Señor, es decir, siempre haciendo todo lo que a él le agrada, produciendo los frutos de toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Colosenses 1:10);
- “Tengámonos en cuenta unos a otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24).

Permítanme definir qué son las buenas obras. Las buenas obras son lo que hacemos en respuesta a la obra de la cruz, que nos dio libertad del pecado y de Satanás. La gracia nos capacita para llevarlas a cabo y lo que nos motiva es el amor por los demás y la gloria de Dios. Jesús las llamó “frutos de arrepentimiento”. Sin el fruto, el arrepentimiento puede volverse dudoso. Quizá nos ayude ver algunos ejemplos. Ya vimos antes ejemplos de actos de iniquidad en Tito, pero también hay muchos ejemplos de piedad y buenas obras: la hospitalidad, el dominio propio, la perseverancia, el amor fraternal, la amabilidad, la cortesía y la disposición a hacer el bien de cualquier forma posible.

En el Antiguo Testamento, podemos observar el testimonio de Job y Nehemías. Job ayudó a los necesitados: “desde mi juventud creció conmigo [el huérfano] como con un padre, y desde el vientre de mi madre fui guía de la viuda” (Job 31:18, RVR60). No abusó de su poder sobre sus sirvientes (v. 13) ni los “huérfanos” (v. 21). Jamás permitió que sus riquezas se convirtieran en un ídolo (31:24-28). Testificó que sus actividades financieras eran hechas con integridad y generosidad. Nehemías viajó a Israel, organizó el trabajo de restauración de Jerusalén y ofreció su liderazgo. Intervino a favor de los pobres y de aquellos que estaban sujetos a servidumbre a causa de sus deudas (Nehemías 5:1-8). Donó alimentos a los trabajadores (5:18) y no exigió que se le pagara un salario propio (5:18). Reinstauró la lectura de la Ley (8:1-2) y el servicio en el templo (12:44-45), así como también reestableció la provisión económica de los sacerdotes (13:10-13).

En el Nuevo Testamento, podemos observar al buen samaritano y a la iglesia primitiva. Cuando Jesús explicó en qué consiste el mandamiento “amarás (...) a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10:27), dijo que el corazón del buen samaritano estaba lleno de bondad, ya que “se compadeció” de la víctima (v. 33). Le brindó asistencia de emergencia y “le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó” (v. 34). “Luego lo puso sobre su cabalgadura y lo llevó a una posada, y cuidó de él”, y pagó para que se recuperara en una posada (vs. 35-36). Los judíos le hablaron a Jesús de un centurión que temía a Dios, “pues ama a nuestra nación y nos ha construido una sinagoga” (Lucas 7:5).

Lucas relata que Tabita era una discípula que “siempre hacía muchas buenas obras y ayudaba mucho a la gente pobre” (Hechos 9:36). La iglesia primitiva atendía a las viudas (Hechos 6:1-3), mostraba hospitalidad (1 Pedro 4:9) y visitaba a los prisioneros (Hebreos 13:3). Las mujeres piadosas servían a la iglesia, “[lavaban] los pies de los santos” y “[socorrían] a los afligidos” (1 Timoteo 5:10). La iglesia de Filipos envió ayuda para cubrir las necesidades de Pablo en reiteradas ocasiones, en especial cuando estuvo en prisión (Filipenses 4:14-18).

También vemos numerosos y hermosos ejemplos de buenas obras en la historia de la iglesia. La Epístola a Diogneto (del año 130 d. de C.) declaró acerca de la iglesia primitiva: “comparten todas las cosas con los demás”, “tienen una mesa común para todos” y “hacen el bien”. William Wilberforce, el político y líder moral inglés, trabajó toda su vida para abolir la esclavitud. Sin embargo, también participó de forma activa en muchas causas valiosas, como el cuidado de los sordos, los pobres, los huérfanos y los ancianos. ¿Sabían que Johann Sebastian Bach dedicó su música para la gloria de Dios y que muchos de los más grandes artistas y científicos también dedicaron su trabajo a Dios?

William Morris, un inmigrante inglés en Argentina, hizo muchas obras de bien en el Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Elaboró programas de asistencia a las comunidades más pobres y a los desahuciados de La Boca y Palermo. Proveyó “pan para el cuerpo y para el alma” a miles de niños, en muchas ocasiones de sus propios recursos. Llevó la Palabra a los prisioneros, distribuyó Biblia e inauguró el Hogar el Alba, destinado a niños abandonados, que sigue funcionando hoy en día.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los protestantes hugonotes franceses de un pueblo llamado Le Chambon-sur-Lignon desafilaron a los nazis y dieron resguardo a casi cinco mil judíos. Cuando les preguntaron por qué lo hicieron a costa de poner en riesgo sus propias vidas, su respuesta fue: “Es simple. Ama a Dios y a tu prójimo: eso es lo que los cristianos hacen”. Aquellos que estudiaron este caso lo denominaron una “conspiración de bondad”.

Charles Wesley resumió el mandato cristiano de hacer el bien de la siguiente manera: “Haz todo el bien que puedas, por todos los medios que puedas, de todas las maneras que puedas, en todos los lugares que puedas, todas las veces que puedas, a todas las personas que puedas, por tanto tiempo como puedas”.

“La gracia de Dios se ha manifestado”

Eso nos lleva al tercer punto: dónde hallamos la capacidad de dejar de hacer lo que desagrada a Dios y de hacer lo que a Él le agrada. Dicho en otros términos: ¿Cómo nos convertimos en parte de la iglesia? Y luego, ¿cómo cumplimos con el trabajo de la iglesia? La respuesta está en el mismo pasaje. Veamos nuevamente los versículos 11 y 12:

Porque la *gracia* de Dios se ha manifestado *para la salvación* de todos los hombres, y *nos enseña* que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en esta época de manera sobria, justa y piadosa.

Estos versículos nos enseñan que la gracia de Dios es la raíz de todas las cosas buenas. La versión de la Biblia La Palabra (Hispanoamérica) lo deja aún más claro: “Se ha hecho, en efecto, visible la *bondad* de Dios que *trae la salvación* a toda la humanidad, *enseñándonos* a renunciar a la impiedad y a las pasiones desordenadas de este mundo, y a vivir desde ahora de una manera sobria, recta y fiel a Dios”.

Primero, la gracia nos salva. El regalo de la justificación que Dios nos da por medio de Cristo nos trae la salvación. Luego, la gracia nos capacita para empezar el peregrinaje cristiano y volvemos parte de la iglesia. En palabras de Pablo: “Ciertamente la gracia de Dios los ha salvado por medio de la fe. Ésta no nació de ustedes, sino que es un don de Dios” (Efesios 2:8). ¿Cómo obtenemos esa gracia? La pedimos. Pedimos a Dios misericordia en Cristo para el perdón de nuestras iniquidades y para volvemos de nuestros pecados. Eso es lo que llamamos arrepentimiento: clamamos a Dios por la salvación y confesamos nuestros pecados, pero luego abandonamos nuestros pecados. Renunciamos a ellos.

Segundo, la gracia nos santifica. ¿Se dieron cuenta de que cuando uno se vuelve cristiano no se transforma inmediatamente en la Madre Teresa o en Martín Lutero? Más bien, lo

que el texto dice es que Dios “nos enseña que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y vivir en esta época de manera sobria, justa y piadosa”. Somos salvos por gracia y crecemos en piedad por gracia. Necesitamos gracia tanto para la salvación como para la santificación. No podemos cambiar por nosotros mismos y nunca vamos a superar la necesidad de recibir gracia. ¿Por qué? Porque la santidad y el amor son la antítesis de nuestra naturaleza pecaminosa. Siempre vamos a necesitar el poder y la purificación que ministra el Espíritu de Dios, hasta el momento de exhalar el último suspiro. Además, sabemos que el aprendizaje lleva tiempo, requiere esfuerzo y a veces es doloroso; pero los resultados siempre son buenos.

“Celoso”

Por último, no olvidemos las palabras “celoso de [o ansioso por realizar] buenas obras”. Pensemos en algunos de los sinónimos de “celoso”: entusiasta, apasionado, fervoroso, incluso fanático. Otras palabras que me vienen a la mente son: determinado, comprometido, concentrado, incluso obsesivo. Algunos, por temperamento, están más predispuestos a las reacciones emotivas que otros. Yo soy gringo y el estereotipo, para nosotros los norteamericanos, es el de una persona más insensible y poco emotiva. Quizás no tenga mucha esperanza de cambiarlo. No obstante, algunos de ustedes tienen sueños de parte de Dios y el deseo de hacer buenas obras para su gloria y por el bien de la humanidad. Para los que se identifiquen, quiero terminar mi sermón con la advertencia de 2 Tesalonicenses 1:11-12, que une varios de los temas del mensaje de hoy:

Esta es la razón por la que rogamos sin cesar por ustedes, para que nuestro Dios *los haga dignos de su llamamiento y lleve a término con eficacia y plenitud* no sólo *todo buen propósito*, sino también *la obra de la fe*. De este modo, nuestro Señor Jesucristo será glorificado en ustedes y ustedes en él, *conforme a la gracia* de nuestro Dios y Señor Jesucristo (BLPH).